

Primeros Momentos: Mi Misión Rompe-Tabúes. Ser Filósofa

Cuando dije que quería estudiar filosofía, fue como si mi voz clamara en el desierto. Estudiaba en una pequeña escuela católica de secundaria para clase trabajadora en Schenectady, Nueva York. Incluso la Hermana sensible y generosa que siempre me animaba a escribir y publicar era incapaz de sentir empatía por un impulso tan escandaloso.¹ Además, la biblioteca de la escuela no tenía libros sobre el tema. Sin embargo, esta Lujuria de mi mente adolescente era tal que hilaba mis propias filosofías en casa. No tengo ni idea de dónde adquirí esa Extraña inclinación.

Gracias a la ayuda de mi padre y mi madre, además de ganar la beca Bishop Gibbons (que se otorgaba tras un examen de religión) y de ahorrar dinero con mi trabajo de empaquetadora en el supermercado, me las arreglé para ir a una pequeña universidad católica cercana para mujeres. Como residía en el gueto católico, nunca había oído hablar de universidades como Vassar, Radcliffe o Smith. Incluso si hubiera oído hablar de ellas, no habría podido acceder, ni tampoco me hubiera parecido deseable. Quería estudiar “filosofía católica” y el camino de mi Viaje de Búsqueda me llevó de forma realista y lógica a la Universidad de Saint Rose en Albany, Nueva York.

La universidad no ofrecía la carrera de filosofía, aunque irónicamente se imponía a todas las estudiantes una asignatura que constaba de dieciocho horas de crédito en esa materia. La diferencia en mi caso era que me encantaba la materia. Este amor persistió, a pesar del tedio que me provocaban los profesores sacerdotes que opinaban que las mujeres nunca podrían aprender filosofía, y cuyas clases con-

sistían en sentarse frente al aula y leer en voz alta el libro de texto, demostrando así su habilidad para leer. Parecían estar completamente desconcertados por mi interés y, sin duda, la confusión estaba asociada con el hecho de que ellos mismos nunca habían experimentado ningún entusiasmo por esta ocupación. Mientras ellos estaban sentados y daban la tabarra yo estaba sentada y reflexionaba sobre la incongruencia de la situación. Esta misma reflexión se incorporó a mi propio cuestionamiento filosófico. Todavía no entendía que para una mujer tratar de convertirse en filósofa era romper un Tabú Terrible.²

Aunque esos profesores contribuyeron poco al avance de mi Investigación filosófica, mis propias experiencias contribuyeron muchísimo. Hubo Momentos brillantes en mi infancia. Por ejemplo, hubo una Ocasión, cuando tenía unos cinco o seis años, en que descubrí el gran bloque de hielo reluciente en la nieve. No había palabras para tal experiencia. El aire era fresco y era la última hora de la tarde. Había una particular luz invernal y un particular olor invernal cuando me topé con el bloque de hielo, probablemente en nuestro patio trasero. De repente, estaba en contacto con algo impresionante, que más tarde llamaría Elemental. Fue un choque que despertó en mí cierto conocimiento de una Otra dimensión y sentí dentro de mí una de las primeras conmociones de la Llamada de lo Salvaje que puedo recordar. Sé que mi capacidad para encontrar hielo en la nieve de esa manera nunca ha desaparecido del todo, porque hace poco, mientras trabajaba en este libro, salí a caminar una noche de invierno y volvió a suceder. Este encuentro fue Extrañamente familiar.

Los Momentos relucientes me ocurrían con gran intensidad en la adolescencia. Hubo un Momento, por ejemplo, cuando una flor de trébol en particular me Anunció su ser-siendo. Dijo sucintamente, claramente, con extrema sencillez: “Soy”. Me dio una intuición de ser-siendo. Años más tarde, estudiando la filosofía de Jacques Maritain, supe que no era la única en tener esta intuición.³

Pero, por supuesto, me encontraba indeciblemente Sola. Siempre me llevaba a algún lugar del que nadie más podía hablarme. Con el

tiempo, me llevaría a cruzar el Atlántico, prácticamente sin dinero, para obtener los doctorados en teología y filosofía en una extraña universidad medieval donde las clases se impartían en latín y donde mis “compañeros de clase” eran sacerdotes cristianos y seminaristas.

El encuentro con esa flor de trébol tuvo mucho que ver con mi devenir como Filósofa Feminista Radical. Si una flor de trébol podía decir “soy”, entonces por qué no iba a poder yo.

Regreso en Espiral: primeros cursos y celebraciones íntimas

Sería difícil transmitir la monotonía superficial* en los años cuarenta y cincuenta en América, particularmente para una Filósofa Feminista Radical en potencia con Pasión por el aprendizaje prohibido de la teología y la filosofía; *sería* difícil si el Estado de Aburrimiento patriarcal no hubiera logrado repetirse regurgitando los insufribles años ochenta y noventa, reproduciendo una época de cerebros, almas y pasiones adormecidas. Así que no tengo que pedirle a quien lee que lo imagine o que trate de recordar esos tiempos; solo necesita mirar a su alrededor**.

En aquellas décadas, sin embargo, no tenía con qué compararlo, ni tenía posibilidad de sentir nostalgia. Solo existía lo fáctico auto-legitimador del Aburrimiento, sin salida aparente. Para mí, sin embargo, estaba la Llamada de la Flor de Trébol. Impulsada por la idea de *Yo Soy*, hice viajes exploratorios a modo de preparación para mi

* *superficial* se define como: “ámbito unidimensional/centrado en los hombres donde tiene lugar la mentira, la cosificación y la alienación; zona de sentimientos, percepciones y comportamientos fijados; el mundo básico: TIERRA BALDÍA” (*Brujedario*).

** Sin embargo, hay una diferencia. En el transcurso de las dos últimas décadas de este milenio ha sido y sigue siendo posible Re-membrar los primeros Momentos de esta Ola del movimiento de mujeres en los años sesenta y setenta, ya sea directamente o a través de los escritos e historias de Otras mujeres que estaban allí. También se puede Re-Convocar a las feministas de Tiempos pasados.

Ex/Órbita, que es, por supuesto, la Dirección que ha tomado mi vida. Pero debo retroceder un poco en Espiral, porque antes del Tiempo de este encuentro existencial, estuvo la “escuela primaria”.

Permítame asegurarle a quien lee que siempre, es decir, espasmódicamente, me he esforzado sin éxito por ajustarme a la norma. Por ejemplo, en primero en la Escuela San Juan Evangelista en Schemectady, cuando vi que muchos de mis compañeros tenían el libro de texto usado y sucio, escupí y babeé sobre las páginas del mío que era nuevo para que pareciera usado. Cuando mi profesora, la hermana Mary Edmund, me pidió una explicación, me quedé muda. No tengo idea de si ella entendió mi motivación para ensuciarlo, pero sí creo que yo tenía la idea de intentar “encajar”.

A una de mis compañeras de primero de primaria, que se llamaba Rosemary, la atropelló y la mató un tranvía cuando cruzaba la calle delante de su casa. Contaban una historia confusa acerca de que no había mirado a ambos lados y no había oído el sonido del tranvía que se aproximaba porque del que acababa de bajar había comenzado a moverse. Toda la clase tuvo que ir con la Hermana Mary Edmund a ver a Rosemary “amortajada”. Llevaba un vestido blanco. No me gustó estar ahí. La experiencia no encajaba con nada. Era como un borrón blanco allí expuesta. Era imposible de entender y era peor que una pesadilla.

Mi profesora de segundo curso era la Hermana Mary Clare de la Pasión, que hablaba y hablaba, demasiado pensaba yo, sobre “los pobres de Dios”. Yo no entendía por qué los pobres eran de Dios. La tuve de nuevo en quinto, y recuerdo un sentimiento de profunda conmoción cuando se burlaba de un chico de nuestra clase que era muy pobre y se llamaba Abram Spoor. Lo atacaba con una cancioncilla que decía algo así como “Abram Spoor, y es pobre”*.

Pensándolo bien, he llegado a la conclusión de que este comportamiento ofensivo no lo inspiraba la malicia, sino la pasión por las

* Nota de la traductora: Juego de palabras en inglés: *Spoor, is poor*: “es pobre”.